



**Hoja de la Congregación Mariana**

Redacción: Dependencias parroquiales

Eibar, Diciembre 1963

Año XII

:-:

Núm. 162

**NOVENA DE LA INMACULADA: 30 de Noviembre - 8 de Diciembre**

**SAN ANDRES**

**CARMEN**

**SAN PIO X**

Mañana: 6,45  
Tarde: 8

Mañana: 6,45  
Tarde: 7

Mañana: 6,45  
Tarde: 7

**COMUNION GENERAL: Día de la Inmaculada**

**En San Andrés:** Hijas de María, en Misas de 7,45 y 8,30 — Aspirantas, en Misa de 9,15.

**En el Carmen:** en Misa de 8.

**En San Pío X:** en Misa de 9.

## ISABEL LESEUR O LO QUE PUEDE UNA MUJER

### UNA PAREJA DE NOVIOS

Año 1889. Isabel es una joven de aspecto frágil, muy bonita, muy elegante. Una sólida piedad le añade ese encanto que sólo poseen las almas transparentes. Una cultura extraordinaria para su edad hace que su conversación pueda ser amena y honda. Es aficionada a la literatura y al arte, le gusta la música de Wagner...

Sí, una muchacha sencillamente excepcional.

El futuro esposo de Isabel es un joven estudiante de Medicina, también de excelente familia, muy trabajador, inteligente, brillante. Dicen que siente una inclinación especial hacia las cuestiones coniales y sueña con un puesto de compromiso en algún país lejano. Puede hacer carrera en cualquier sitio, porque capacidad le sobra. Y simpatía. En una palabra, ¡es un joven de porvenir!

Se llama Félix Leseur.

### ALMAS GEMELAS

Isabel jamás hubiera podido armonizar con quien no fuera Félix.

Félix tampoco hubiera podido sintonizar con quien no fuera Isabel.

Ambos aman lo hermoso, lo elevado, lo selecto. Están hechos para vivir en un mundo de alturas intelectuales.

Lástima que...

Fue hace bastantes días: al principio... Ambos han sido leales.

No podían dejar de serlo.

Ella suscitó el tema con su delicadeza característica. Su intuición femenina ya le había revelado la realidad, mas era preciso afrontarla, reconocerla nitidamente.

Isabel llevó, sutil y delicadamente, la conversación al terreno religioso.

La contestación de él fue sobria, escueta.

—Lo siento, yo no creo.

Lo dijo con naturalidad, sin orgullo; casi con un dejo de tristeza.

Félix no cree. Esta es la dura realidad que ha caído sobre la piadosa y dulce Isabel. Es el clásico hombre de fin de siglo: mucha ciencia, unos modales correctísimos, una atrayente personalidad... envolviendo el más gélido vacío espiritual.

Sus primeros estudios le habían producido un afán inmoderado e imprudente de lecturas, que empezaron a sacudir su fe de adolescente. Luego, el ambiente totalmente materialista de las Facultades de Medicina de la época arrastró los últimos jirones de la religiosidad que él había recibido en su hogar.

¿Cómo es posible que una joven tan religiosa como Isabel vaya a casarse con un incrédulo?

Misterios del amor.

Amor humano, ahora..., que llevará mucho más allá.

Porque el amor es una línea recta infinita: comienza aquí abajo, en la Tierra, entre seres humanos; pero si es puro y auténtico lleva hasta el mismo Dios.

El amor humano de Isabel al que va a ser su

esposo los arrastrará a ambos hasta donde no pueden imaginarse.

### FELICIDAD A PESAR DE TODO

Isabel y Félix contrajeron matrimonio el 31 de julio de 1889. Luego marcharon a un largo viaje.

Estupendos días para ambos.

Pero de repente, se produce un zarpazo de desgracia en su alegría.

Isabel se pone enferma, de manera brusca y alarmante.

Salvará la vida, pero ya no será jamás una mujer sana, vigorosa y fuerte. Dios la ha llamado con una de sus vocaciones más claras y más terribles: el sufrimiento.

Félix se porta maravillosamente: todo sacrificio, todo cuidado, todo esfuerzo, le parecen pocos para hacer más llevadero el dolor de su esposa.

Y ésta, que siente arrancadas de raíz muchas de sus ilusiones humanas, tiene en cambio la compensación que le presta el apoyo de él, firme, viril, amante. Y halla una felicidad profunda en el acatamiento de la voluntad de Dios.

### MAYORES PELIGROS?

El había renunciado a muchas cosas por Isabel. Por ejemplo, a su gran ilusión de siempre, al sueño del pequeño geógrafo de diez años: una carrera colonial. Para ir a colonias había estudiado Medicina, sin que aquella actividad le trajese nunca mucho en sí misma.

Al renunciar a tales perspectivas, Félix se entregó a una profesión nueva y fascinante: el periodismo. Dio la desgraciada circunstancia de que fuese a trabajar precisamente en los periódicos más anti-religiosos de París, donde frecuentó el trato y la amistad de las grandes figuras contemporáneas del ateísmo francés. Entonces su incredulidad se endureció y cobró agresividad.

Se cernía un grave peligro para la dulce Isabel...

Por lo demás, Félix se hallaba en su apogeo. Aquella profesión se adaptaba espléndidamente a su temperamento. Estaba enteramente inmerso en el «gran mundo» parisino: recepciones, fiestas, estrenos teatrales, banquetes, conciertos... Isabel, que siempre había preferido la paz del hogar, hubo de seguirle en aquella vida agitada y frívola. Venciéndose a sí misma, venciendo sus gustos y, muchas veces, incluso, sus tempranos padecimientos, le acompañó a todas partes y compartió todos sus éxitos y sus intervenciones. Modelo de esposas... Su discreción y su inteligencia llamaron pronto la atención en los altos medios intelectuales.

### CAMPAÑA DE DEMOLICION

No habían querido hablar de ello.

Isabel, mansamente colocada en las manos de su marido, debió esperar que él se ablandaría, que lograría recuperar la fe, poco a poco... Pero nunca sospechó esto...

Ha preferido callar, dejar pasar meses y años sin tocar aquel tema, sin molestarle, sin presionar. En cierto sentido, ha hecho bien. La gracia de Dios puede lo que no puede nunca la insistencia machacona de una persona dando la lata. Pero ha sido quizá débil... Ha flaqueado... y ella, que quería arrastrar suavemente a su esposo a la fe, ha terminado arrastrada por él hasta el escepticismo.

Félix le ha contagiado su trivialidad agnóstica. Y, lo que es mucho peor, lo ha hecho deliberadamente.

Con una paciencia y una meticulosidad dignas de mejor empeño, ha llevado a cabo una campaña de demolición de la fe de su esposa. Tarea satánica inexplicable en este hombre tan capacitado para el amor, cuya única causa puede hallarse tal vez en el orgullo. Félix ha querido modelar a Isabel a su imagen y semejanza —a la imagen de su áspera incredulidad— y para ello tenía que destruir lo que fue todo su pasado de piedad...

Ahora Isabel no dista mucho de ser solamente un hermoso adorno para los salones que el matrimonio frecuenta. Una dama refinada, hermosa, culta... pero vacía.

¡Pobre Isabel!

### EFEECTO CONTRAPRODUCENTE

Los libros en casa lo llenaban todo.

Isabel contempla los extensos anaqueles, donde se hallan cuidadosamente colocados cientos y cientos de volúmenes de historia, poesía, filosofía, novela, ciencia... ¡Esta es su vida! Libros, cultura, mundo... Nada más.

Ya tiene el que buscaba. Es la *Vida de Jesús*, de Renan, uno de los libros más impíos de los últimos tiempos. Félix se lo ha recomendado, convencido de que será un golpe definitivo en su campaña de demolición, ya prácticamente culminada. Los últimos restos de la fe se desvanecerán para siempre en cuanto Isabel se adentre en la mefítica intención de esta obra.

Se sienta en un cómodo butacón y abre el libro...

Verdaderamente, la *Vida de Jesús*, de Renan, es demoledora...

Pero su juego es tan burdo y tan claro para una inteligencia lúcida como la de Isabel que ésta parece quedar inmunizada contra el veneno. Su espíritu crítico reacciona. Al asombro ante semejante ataque a la religión sucede en ella una ola de indignación: ¡esto es demasiado, no hay derecho!

Ahora todos sus viejos sentimientos despiertan de pronto. A la indignación se une el desprecio, el coraje... y un esfuerzo intelectual para superar los tópicos que se le han infiltrado en estos últimos tiempos.

Experimenta un rayo de luz en su alma.

Y he aquí que la *Vida de Jesús*, de Renan, que a tantos había quitado la fe, esta vez fue el instrumento involuntario para devolvérsela a una alma limpia. El libro demoledor había producido un efecto contraproducente...

A partir de este momento, Isabel Leseur se encuentra a sí misma. Ya no volverá a desfallecer. Ahora conocerá por experiencia su pequeñez y ya no confiará en sus meras fuerzas; ahora todo lo depositará en Dios, orando, orando mucho...

La prueba ha sido muy dura. Pero servirá para que Isabel, purificada en ella, se lance hacia la perfección de la vida cristiana como una flecha...

### EL SUFRIMIENTO ALREDEDOR

Ahora el sufrimiento redoblará su presión sobre Isabel. A sus padecimientos físicos se unirá el dolor de irse adentrando ella sola en la vida espiritual, dejando a Félix atrás, cada vez más atrás en ese camino, plantado en su incredulidad... Félix ha comprendido su fracaso y, ciertamente, lo ha asimilado bien.

Su esposa sube... y él se queda donde estaba, sombrío y empedernido.

El sufrimiento será un fantasma aleteando continuamente alrededor de Isabel.

No importa que continúen siendo felices en lo humano. La tragedia de esta mujer es precisamente ésa: el trágico desdoblamiento de sus dos vidas, la una fácil, grata, brillante, disfrutando del amor del esposo; la otra, muy profunda, ascendiendo hacia Dios, pero sin Félix.

Temporadas de placidez, sustos, recaídas... La enfermedad de Isabel tan pronto se amana y oculta, dando una engañosa apariencia de normalidad, como reaparece brutalmente, destrozando el corazón de Félix.

Pero ahora surge en su vida otro motivo de inquietud. Julieta Arrighi, una hermana de Isabel, está muy enferma. Es una tuberculosis grave, que no permite abrigar ninguna esperanza...

Félix se conmueve. Cielo y tierra removería él para conseguir tan sólo una sonrisa de la pobre joven, una chispa de felicidad para esa vida que se apaga. Lo intenta todo: viajes, regalos, golosinas, sorpresas... A veces se sienta junto a Julieta y se pone a leerle en voz alta...

—No sé cómo agradecerle lo que estás haciendo por mi hermana, Félix —y al decirlo, el alma de Isabel se ensancha de gratitud y de confianza—. ¿Negará Dios su luz a un hombre con ese corazón? No, ¡claro que no!

—No tienes que darme las gracias. La quiero como si fuera realmente una hermana mía.

—¡Pobrecilla! Julieta se va. Cada día la halla más consumida, más pálida, más inerte...

Hasta que por fin...

—Félix, ¿sabes qué he hecho en tu ausencia?

La voz de Julieta es ya sólo un susurro. Félix se ha arrodillado junto a su lecho; parece que quiera beber hasta el último de esos susurros... que ya pocos le deben de quedar a la infeliz.

—No, no lo sé. Dimelo.

—Pues he recibido la Extremaunción. Y... he pedido por ti...

Félix siente que los ojos se le nublan. Disimula como puede y bromea:

—¿No me encuentras bien?

—Sí, pero no quisiera que dejasen de dar su fruto tanto bondad y tantas virtudes.

Félix no puede más. Alza los ojos, completamente húmedos, y se ve a su lado, en pie, a Isabel, que también disimula y les sonríe. Intenta continuar la broma con la moribunda:

—¿No querrás que me haga cura...?

Isabel interviene con voz plenamente natural:

—¡Eso es! Cuando enviude. Félix se hará sacerdote; y así, cuando seas viejecita, podrá volver a darte la extremaunción...

Isabel ha querido hacer una broma. ¡Pero le ha salido una profecía!

Profecía a medias, porque Julieta va a tardar muy pocas horas en volar al Cielo.

Aquí abajo quedan ella y Félix, con su abismo espiritual, que en lo sucesivo una nueva intercesora trabajará allá arriba para colmar...

## ESTA VEZ... DE VERAS

Entretanto, habían cambiado considerablemente los horizontes. Félix Leseur había abandonado el periodismo, en cuyo ejercicio había vivido cinco intensos años, y era a la razón director de una compañía de seguros.

Su existencia tenía dos grandes objetivos: Isabel,

el primero; el segundo, su espléndida biblioteca. Félix era un bibliófilo entendido y entusiasta. Por lo demás, su alto cargo en el mundo de las finanzas le acaparaba prácticamente toda la jornada.

Mientras la salud de Isabel lo permitió, realizaron largos viajes al extranjero, visitando países muy lejanos. La inquietud cultural de ambos se aquietaba en el contacto con aquellos países, costumbres y gentes remotos. Otras veces se retiraban a una finca en el campo, a descansar y tonificar los nervios...

Pero la enfermedad de Isabel daba señales de vida, alarmantemente, con demasiada frecuencia.

Y una vez...

El rostro del médico se hallaba más ceñudo que de costumbre, pero hermético, casi como una estatua de mármol. Félix comprendió que la cosa era grave.

—Hable doctor —le rogó.

—No hay más remedio que operar —declaró éste, escuetamente.

Isabel no opuso la menor resistencia. Suavemente, con la sonrisa en los labios —aquella sonrisa suya, tan triste a veces—, hizo todos los preparativos para su ingreso en la clínica. Félix estaba más que nunca atezado por la angustia.

La operación se realizó sin novedad. La constitución de Isabel no debía de ser tan débil como parecía a primera vista, pues remontó la crisis sin grandes complicaciones.

Pero la enfermedad no la perdonaría. Isabel Leseur padecía cáncer.

Un día, en plena charla, Isabel deslizó, con sorprendente seguridad, una afirmación terrible:

Si... Yo moriré antes que tú.

—¿Qué sabes de eso? —se rebeló su esposo—. ¡Por qué has de decir esas cosas?

—Lo sé, porque no es difícil suponerlo a la vista de las enfermedades que he padecido y lo minado que debe de hallarse mi organismo... Estoy segura de que será así.

—No, Isabel. Precisamente, las personas de constitución frágil en apariencia resisten mucho más que las otras. Ya verás...

—Nada; moriré antes que tú —su voz se hizo profunda, adquiriendo un tono de solemnidad—. Cuando haya muerto, tú te convertirás... y luego... serás religioso... ¡El Padre Leseur!

Esta vez, sin bromas. Esta vez, Isabel hablaba en serio.

El no le dio importancia a aquella suposición. ¡Estaba demasiado hundido en su agnosticismo!

## DONDE ESTABA SU SITIO

La enfermedad de Isabel dio ya pocas treguas.

Tras un período de sosiego, su estado empeoró bruscamente. Las crisis se repitieron con intervalos cada vez menores. Sufrió horrorosamente, pero en silencio, sin exhalar una queja, procurando preocupar y molestar a su Félix lo menos posible... A qué extremos de heroísmo llegó aquella enferma, en su resignación y su caridad, sólo Dios lo sabe.

Félix —médico al fin— vislumbraba que el final no se encontraba lejos.

Meses interminables luchando entre la crueldad desgarradora de la enfermedad y la firmeza de Isabel superándola y domeñándola...

Las últimas semanas fueron espantosas.

Isabel, completamente deshecha, no podía ya soportar a veces sus dolores... y se le escapaban leves lamentos.

Félix estaba también en el límite de sus fuerzas, al ver padecer de aquel modo al ser que más amaba, y lloraba, lloraba sin consuelo... porque el

único consuelo que en trance semejante hubiera podido aliviarle no estaba a su alcance: la fe, la oración.

Los períodos de inconsciencia de Isabel eran cada vez más largos y penosos. Un día pareció descubrirle, entre las brumas de su delirio, y le tendió los brazos, en una actitud de amor sublime.

No volvería a verle más en el mundo.

Su agonía duró, aún, ocho días.

Luego, por fin, rotas las cadenas de la carne mortal, el alma de Isabel voló a su sitio, al Cielo.

### ELLA ERA ASI

Es difícil imaginar el grado de desesperación que se apoderó de Félix Leseur.

Para un hombre sin fe, como él, totalmente todo, se había hundido.

Le rodeaba el abismo, el caos, la nada... Y de aquella nada emergía un dolor tan atroz que parecía que no hubiera de lograr resistirlo...

Su único lenitivo sería refugiarse en el recuerdo de ella, sus cosas, sus escritos... Con mano temblorosa abrió el testamento que Isabel había escrito para él.

Y leyó con asombro:

«Ama a las almas; reza, sufre y trabaja por ellas...».

¡Lenguaje incomprensible para un incrédulo!

¡Lenguaje incomprensible para un incrédulo!

Pero era el lenguaje de ella... Ella... Y esta palabra y este recuerdo lo llenaban todo. Y aunque no lograra penetrar en la grandeza de tales pensamientos, bastaba pensar, sentir, que Isabel se los dejaba, para recibirlos como un maná celestial...

Isabel había escrito mucho. Su alma, cuando estuvo llena de Dios, había necesitado abrirse, dejar salir al anterior la luz que la llenaba... Entre sus papeles, Félix halló innumerables testimonios de su vida espiritual, excepcionalmente rica. Para él, eran lo único que podía calmar su desesperación. Leyó, leyó, emocionado, anhelante...

¡Y entonces se dio perfecta cuenta de lo que era su esposa!

### PRECIO PAGADO

Pero hubo algo que le confundió y le laceró todavía más: Isabel, su esposa había ofrecido a Dios todos sus sufrimientos y su vida misma para que él se convirtiera.

Su incredulidad había sido la gran cruz que Isabel había soportado durante tantos años. La enfermedad y la muerte de ella, el precio pagado por su fe.

¡Demasiado!...

Y Félix, aturdido por tanta belleza espiritual y por tanto arrepentimiento que se encrespaba en su alma, quería balbucir algo que no le salía...

Pero ella estaba allí, a su lado, entre los pensamientos contenidos en sus escritos y le hacía penetrar en ellos cada vez más...

Sí: ¡la sentía! Creía que Isabel, de algún modo, velaba por él. Esta sensación, en un hombre sin fe —que, por tanto, no debía de haber creído en la inmortalidad del alma—, era ya un primer paso...

Movido por una extraña fuerza, Félix había penetrado en una iglesia. Y entonces... Pero dejemos que sea él mismo quien lo narre, con una sencillez y un verismo estremecedores: «Tuve una percepción aún más precisa de la querida presen-

cia; irresistiblemente caí de rodillas sobre un reclinatorio; Isabel, no sé cómo, me dio la mano y, mientras lloraba, recé, no sé de qué manera, puesto que en tanto tiempo había olvidado todas las oraciones, dirigiéndome a Nuestro Señor, cuya estatua dominaba el altar, con el impulso sincero de mi alma. Tenía verdaderamente la intuición de que El estaba allí, en el Tabernáculo, y de que su infinita bondad se inclinaba hacia mí...».

### ISABEL CULMINA SU OBRA

Isabel Leseur había fallecido el 3 de mayo de 1914.

Poco después, estallaba la guerra.

Félix, aún vacilante, triste, terriblemente solo, fue llevado de un lado a otro por los azares de la época y por las obligaciones de su alto cargo. Pero en medio de aquel trajín, una llamada imperiosa resonó en su interior:

—Es necesario que vayas a Lourdes, donde te aguarda Dios.

Ante la gruta de Masabielle, Félix Leseur rezó a la Virgen con una hondura y una confianza indescriptibles. Y, de pronto, se hizo la luz en su espíritu. Algo muy poderoso le llenaba y le rebosaba... ¡Habían caído hechos añicos todos sus viejos prejuicios!

El sacrificio de Isabel había sido aceptado por Dios. ¡Creía, esperaba, oraba!

### ISABEL CONQUISTA ALMAS

Le costó muchas vacilaciones. Mas por fin se decidió a publicar los escritos de Isabel, convencido de que podían hacer bien a sus semejantes.

Quedó asombrado ante lo que ocurrió.

Las ediciones se agotaron rápidamente. El mensaje de limpia espiritualidad de Isabel Leseur fue recibido por todas partes con alborozo y devoción.

Félix empezó a recibir ingentes montones de cartas.

Atender aquel inmenso eco despertado por Isabel sería ya todo un apostolado...

Félix Leseur, convertido, inmerso ya en la vida sobrenatural, no podía contentarse con lo alcanzado. ¡Quiso ser sacerdote!

Pero hubo de cosechar muchos desengaños.

—¿Usted en un convento? ¡Por Dios, Félix, no sabe usted lo que dice!

—Sí, lo sé. Y sé también lo que me ha de costar... Pero sí Dios me llama...

—¡Vamos, ni hablar! ¡Si va a cumplir casi los sesenta años!... No soportaría usted tanta dureza!

Pero su tesón venció. No podía traicionar la llamada... Sabía que le resultaría durísimo; tanto, que a veces, incluso, se asustaba al pensarlo. ¡Pero debía aceptar valientemente la voluntad de Dios!

Y Félix Leseur, el sibarita, el hombre refinado, habituado a todas las comodidades llegó a sacerdote.

## Hija de María:

## Acude a la Novena de la Inmaculada!